

daban mucho menos de lo que se había presumido. Hallábase á veces sin fondos la tesorería, y en semejante compromiso se echaba mano de los gastos ordinarios para acudir á los extraordinarios, ó bien se anticipaban las entradas y se hacían todas las contratas onerosas á que dan lugar los apuros de esta especie. Clamábase entonces contra los abusos y malversaciones, mientras por el contrario se hubiera debido acudir á auxiliar al gobierno. Ramel, que desempeñaba los deberes de su cargo con no menos integridad que ilustración, era el blanco de todas las críticas, tratándole todos los periódicos como á un enemigo.

Otro tanto sucedía con el ministro de Marina Truguet, conocido por sincero republicano, por amigo de Hoche y apoyo de todos los oficiales patriotas; lo mismo con el ministro de Negocios extranjeros, Delacroix, capaz de ser un buen hacendista, pero muy mal diplomático, y sumamente pedante y rudo en sus relaciones con los ministros de las potencias; y lo mismo, finalmente, con Merlín, que en la administración de Justicia manifestaba todo el celo de un republicano de la Montaña. En cuanto á los ministros del Interior, de la Guerra y de Policía, Benezech, Petiet y Cochón, se les consideraba enteramente aparte. Benezech había sufrido tantas embestidas por parte de los jacobinos por haber propuesto restablecer el comercio libre de los comestibles y no abastecer ya á París, que le miraba con afecto el partido contrarrevolucionario. Administrador inteligente, pero educado bajo el antiguo régimen, que echaba de menos, merecía en cierto modo el favor de los que le elogiaban. Petiet, ministro de la Guerra, desempeñaba bien sus funciones; mas por ser hechura de Carnot, le juzgaban como á éste los partidos. Por lo que hace al ministro Cochón, tenía también una recomendación en sus relaciones con Carnot; el descubrimiento que hizo de los planes de los jacobinos y el celo con que los persiguió le hacían digno del favor del partido opuesto, que le elogiaba afectadamente.

A pesar de estas diferencias, no dejaba de estar bastante unido el gobierno para administrar con valor y proseguir sus gloriosas operaciones contra las potencias europeas. La mayoría de la Convención que continuaba en el cuerpo legislativo contrarrestaba á la oposición; pero aproximábanse las elecciones y llegaba el momento en que era preciso reemplazar con un nuevo tercio el que existía de la Convención. La oposición se prometía adquirir entonces la mayoría y salir del estado de abatimiento en que había vivido, por lo cual su lenguaje iba haciéndose cada vez más atrevido en los dos Consejos, y dejaba entrever sus esperanzas.

Los individuos de esta minoría se reunían en Tívoli para hablar de sus proyectos y arreglar su marcha; y esta reunión de diputados había llegado á ser un club de los más furibundos, conocido con el nombre de *Club de Clichy*. También los periódicos participaban de este movimiento, y una infinidad de jóvenes que bajo el antiguo régimen apenas hubieran escrito unas malas coplas, declamaban en cincuenta ó sesenta folletines contra los excesos de la revolución y especialmente contra la Convención, á quien se los imputaban. No se las habían, decían ellos, con la república, sino con los que ensangrentaron su cuna.

Formábanse de antemano juntas de electores y trata-

ban de preparar los trabajos para el triunfo de sus candidatos; de modo que todo revelaba el lenguaje, espíritu y pasiones de vendimiario; la misma buena fe y engaño ahora que entonces en lo general del pueblo; la misma ambición en ciertas personas, y la misma perfidia en algunos que conspiraban en secreto en favor de los realistas: esta facción, siempre derrotada, pero crédula é intrigante siempre, renacía sin cesar, pues dondequiera que hay una pretensión apoyada por algún auxilio pecuniario se hallan intrigantes dispuestos á servirla con miserables proyectos.

A pesar de haber sido Lemaitre condenado á muerte, sometida la Vendée y separado Pichegrú del mando del ejército del Rhin, no cesaron las tramas de la contrarrevolución, sino que continuaron, por el contrario, con extraordinaria actividad.

Las situaciones habían cambiado de un modo notable: el pretendiente, apellidado ya conde de Lila, ya Luis XVIII, dejó á Verona, como hemos visto, para pasar al ejército del Rhin, y se detuvo un instante en el campamento del príncipe de Condé, donde un acaso puso su vida en peligro. Estando asomado á una ventana recibió un balazo, que sólo le produjo una ligera contusión; suceso que, aunque no se averiguó su autor, no podía ménos de imputarse al Directorio, el cual no era tan necio que pagase un crimen de que únicamente podía sacar provecho el conde de Artois.

No permaneció largo tiempo el pretendiente junto al príncipe de Condé, pues su presencia en el ejército austriaco no convenía al gabinete de Viena, que no había querido reconocerle, porque sabía cuánto aumentaría este paso su enemistad con Francia, que ya le costaba demasiado cara. Comunicóle la orden de que partiese, y negándose á ello, envió un destacamento para hacerle marchar. Retiróse entonces á Blankemburgo, donde siguió siendo el foco de todas las correspondencias, y Condé permaneció en el Rhin con su ejército; el conde de Artois, después de sus vanos proyectos sobre la Vendée, se retiró á Escocia, desde donde aun estaba en comunicación con varios intrigantes, yendo y viniendo de la Vendée á Inglaterra.

Muerto Lemaitre, ocuparon su puesto sus asociados, sucediéndole en el favor del pretendiente. Éstos, como ya sabemos, eran el abate Brottier, que fué ayo; Laville-Heurnois, antes juez; cierto caballero llamado Despomelles, y un oficial de marina cuyo nombre era Duverne de Presle. El antiguo sistema de estos agentes establecidos en París era hacerlo todo por las intrigas de la capital, al paso que los vandeanos querían dirimir la contienda por la insurrección armada, y el príncipe de Condé por medio de Pichegrú. Apaciguada la Vendée, condenado á un retiro Pichegrú y amenazando una violenta reacción contra la revolución, los agentes de París se convencieron completamente de que todo debía esperarse de un movimiento espontáneo en el interior. Apoderarse primero de las elecciones, después, por medio de éstas, de los Consejos, y por medio de los Consejos, del Directorio y los destinos, les parecía un medio seguro de restablecer el trono con el auxilio mismo que la república les suministraba; pero para todo esto era preciso poner término á la divergencia de ideas que siempre había reinado en los proyectos de contrarrevolución.

Puisaye, que continuaba oculto en Bretaña, soñaba como en otro tiempo con el levantamiento de esta provincia. Mr. de Frotté procuraba suscitar otra Vendée en Normandía; pero ni uno ni otro quería tratar con los agentes de París. El príncipe de Condé, burlado en el Rhin en su intriga con Pichegrú, deseaba seguirla aparte, sin que se mezclasen en ella los austriacos ni el pretendiente, habiéndoseles revelado el secreto muy á pesar suyo.

Para dar unidad á estos planes inconexos, y sobre todo para proporcionarse dinero, hicieron emprender los agentes de París un viaje á uno de ellos por las provincias del Oeste, Inglaterra, Escocia, Alemania y Suiza. El elegido fué Duverne de Presle, que no pudiendo lograr quitar á Puisaye el mando, trató por medio del conde de Artois de someterle al sistema de la agencia de París y obligarle á entenderse con ella. Lo más importante, es decir, los auxilios pecuniarios se obtuvieron de los ingleses, y se sacaron poderes al pretendiente que autorizaban todas las intrigas de la agencia. Se vió al conde de París, con quien no pudo lograrse entenderse ni avenirse, y á Mr. Precy, que seguía siendo el motor de los alborotos de Lyon y el Mediodía. Finalmente, concertóse un plan general sin coordinación ni unidad más que en el papel, y que no impedía á nadie obrar á su modo, según sus intenciones y pretensiones.

Se convino en que la Francia se dividiese en dos agencias; una comprensiva del Este y Mediodía y otra del Norte y Oeste: de director en la primera quedó Mr. de Precy y la segunda corría á cargo de los agentes de París. Ambas agencias debían ir de acuerdo en todas sus operaciones y comunicarse directamente con el pretendiente, que les daba sus órdenes. Ideáronse asociaciones secretas bajo el plan de las de Babœuf, las cuales estaban aisladas entre sí é ignoraban el nombre de sus jefes, evitando de este modo que se apoderasen de toda la conspiración y descubrir alguna de sus partes. Estas asociaciones debían acomodarse al estado de la Francia; y como se había visto que la mayor parte de la población, aunque no deseaba que volviesen los Borbones, amaba el orden y la tranquilidad é imputaba al Directorio la continuación del sistema revolucionario, se formó una masonería llamada de *los filántropos*, que se comprometía á usar de sus derechos electorales y emplearlos en favor de enemigos del Directorio. Los filántropos ignoraban la tendencia secreta de este intento, y no debía manifestárseles más que un proyecto, el de reforzar la oposición.

Otra sociedad más severa y concéntrica, pero menos numerosa, denominada de *los fieles*, debía admitir en su seno á los hombres más enérgicos y decididos, á quienes pudiera revelarse el secreto de la facción. Los fieles debían ir ocultamente armados y vivir dispuestos para cualquier asechanza. Su comisión forzosa, además de los planes de insurrección, era vigilar por las elecciones, y si se venía á las manos, como aconteció en vendimiario, acudir en auxilio del partido de la oposición. Además, los fieles contribuían á ocultar los emigrados y clérigos, á forjar pasaportes y á perseguir á los revolucionarios y compradores de bienes nacionales. Se hallaban estas sociedades bajo la dirección de jefes militares, que seguían correspondencia con las dos agencias principales y recibían sus órdenes.

Tal era el nuevo plan de la facción monárquica; plan quimérico de que no debería hacer mención la historia si no fuese porque manifiesta los delirios en que caen los partidos al verse derrotados. A pesar de la pretendida armonía, la asociación del Mediodía no lograba más que crear compañías anónimas que carecían de dirección y objeto, cediendo sólo á las sugestiones de la venganza y la rapiña. Puisaye, Frotté y Røchecot en la Bretaña y Normandía trabajaban también en resucitar á la Vendée y desaprobaban la contrarrevolución mixta de los agentes de París; y hasta dió Puisaye un manifiesto declarando que jamás coadyuvaría la Bretaña á proyectos que no fuesen para devolver forzosa y abiertamente un trono absoluto y completo á la familia de Borbón.

El príncipe de Condé continuaba por su parte en correspondencia directa con Pichegrú, cuya conducta singular y extravagante sólo puede explicarse por el apuro de su situación. Este general, el único de quien la historia cuenta que se haya dejado batir espontáneamente, había presentado su dimisión; conducta que deberá sorprender mucho, porque así se privaba de todo influjo, y quedaba por consiguiente imposibilitado de realizar sus pretendidos designios; no obstante, se comprenderá perfectamente examinada la posición de Pichegrú. No podía permanecer de general sin poner por fin en ejecución los proyectos que anunciaba y á cuyo efecto había recibido considerables sumas. Pichegrú tenía tres ejemplos, todos muy distintos, el de Bouillé, el de Lafayette y el de Dumouriez, que le probaban ser imposible arrastrar todo un ejército. Quería, pues, quedar en la impotencia de toda tentativa, y he aquí cómo se explica su pretendida dimisión, que el Directorio, ignorante de su traición, le otorgó al principio con bastante sentimiento.

Admirados el príncipe de Condé y sus agentes de la conducta de Pichegrú, creyeron que les había estafado el dinero y que en realidad nunca había querido complacerlos; pero apenas recibió su destitución, volvió Pichegrú á las orillas del Rhin con el pretexto de vender sus equipajes y pasó después al Jura, su patria, desde donde continuó su correspondencia con los agentes del príncipe, presentándoles su dimisión como un plan muy profundo. Decía que iba á ser considerado como una víctima del Directorio, y á unirse con todos los realistas del interior, haciéndose un inmenso partido; que su ejército, actualmente al mando de Moreau, suspiraba por él, y que al primer revés que sufriese reclamaría á su antiguo general y se sublevaría para que se lo devolviesen; de cuyo momento debía él aprovecharse para arrojar la máscara, volar á su ejército, erigirse en dictador y proclamar el trono. Aun cuando hubiese sido sincero este plan ridículo, se hubiera frustrado por el acierto de Moreau, que aun en su famosa retirada no dejó de salir vencedor.

El príncipe de Condé, los generales austriacos, á quienes se había visto obligado á hacer confidencias, y Wickam, ministro inglés en Suiza, empezaban á creer que Pichegrú les había engañado. No querían continuar la correspondencia; pero á instancia de los terceros agentes, que nunca quieren declarar haber hecho una tentativa inútil, se continuaron las relaciones para ver si se lograba alguna cosa. La correspondencia se verifi-



caba por Estrasburgo, por medio de algunos espías que pasaban el Rhin y se avistaban con el general austriaco Klinglin, y también por Basilea con el ministro Wickam.

Pichegrú permaneció en el Jura sin aceptar ni rehusar la embajada de Suecia que le propusieron, aunque trabajaba para que le nombrasen diputado, pagando á los agentes del príncipe con las más miserables promesas y recibiendo siempre considerables sumas. Ponderaba mucho los resultados de su nombramiento para los Quinientos; se engraña con un influjo de que carecía; suponía dar al Directorio pérfidos dictámenes y sugerirle determinaciones arriesgadas, y se apropiaba la tenaz resistencia de Kehl, á quien decía haber aconsejado sólo para comprometer al ejército.

Poco caso se hacía de sus pretendidos servicios. El conde de Bellegarde escribía lo siguiente: «Nos hallamos en el caso de un jugador que quiere recobrar su dinero, y se expone á perder mucho más por rescatar lo que ha perdido.» Los generales austriacos seguían no obstante la correspondencia, porque á falta de grandes planes, se enteraban á lo menos de utilísimos pormenores sobre el estado y movimiento del ejército francés. Los infames agentes de esta correspondencia enviaban al general Klinglin los estados y los planes que podían adquirir, y durante el sitio de Kehl no cesaron de indicar los puntos donde podía dirigirse con mejor resultado el fuego de los enemigos.

Tal era, pues, á la sazón el miserable papel de Pichegrú. Dotado de mediano talento, era sagaz y cuerdo y tenía bastante tino y experiencia para creer por entonces imposible todo proyecto de contrarrevolución. Sus eternas dilaciones y sus fábulas para embaucar á los crédulos agentes del príncipe, prueban su convencimiento en este particular, y mejor lo probará aún su conducta en circunstancias delicadas. No por eso dejaba de recibir el premio de unos proyectos que no quería practicar, y poseía el arte de hacer que se lo ofrecieran sin pedirlo.

Por lo demás, igual conducta observaban todos los agentes realistas. Mentían descaradamente, se atribuían un influjo de que carecían y pretendían disponer de los sujetos de más importancia, muchas veces sin haberles siquiera saludado. Brottier, Duverne de Presle y Laville-Heurnois se jactaban de que tenían á su disposición muchos diputados en ambos Consejos, prometiéndose tener aún muchos más después de las nuevas elecciones; pero todo era falso; sólo trataban con el diputado Lemerer y con un tal Mersán, á quien excluyeron del cuerpo legislativo en virtud de la ley del 3 brumario contra los parientes de los emigrados. Por medio de Lemerer suponían tener ganados á todos los diputados que componían la reunión de Clichy, y creían, según los discursos y modo de votar de estos diputados, que probablemente celebrarían la restauración de la monarquía, considerándose autorizados con esto para ofrecer de antemano su adhesión y su arrepentimiento al rey de Blankemburgo. Estos miserables le engañaban y calumniaban á los individuos de la reunión de Clichy, pues si bien había en ella ambiciosos que eran enemigos de los convencionales, porque éstos ocupaban todo el gobierno, y hombres exasperados contra la revolución ó ilusos que se dejaban extraviar, eran muy pocos

los que pensaban en el trono y menos aún los que trabajaban en provecho suyo. Bajo semejantes bases fraguaban los agentes realistas sus proyectos y hacían sus promesas.

Inglaterra era la que sufragaba todos los gastos de la supuesta contrarrevolución, enviando desde Londres á Bretaña los auxilios que pedía Puisaye. El ministro inglés en Suiza, Wickam, estaba encargado de suministrar fondos á las dos agencias de Lyon y París, haciéndolos llegar directamente á Pichegrú, que según la correspondencia estaba reservado para las grandes ocasiones.

Los agentes de la contrarrevolución hacían alarde de tomar dinero de Inglaterra y burlarse de ella. Habían convenido con el pretendiente en recibir sus fondos sin secundar sus miras nunca, sin obedecer jamás á ninguna de sus inspiraciones, de las cuales era preciso desconfiar, según decían. Inglaterra no era engañada por ellos, y profesábales todo el desprecio que merecían. Wickam, Pitt y los demás ministros ingleses no contaban en modo alguno con las obras de aquellos señores, ni esperaban tampoco la contrarrevolución. Necesitaban perturbadores que trastornasen la Francia, que propagaran la inquietud con sus proyectos, y que sin poner al gobierno en verdadero peligro, le ocasionaran temores exagerados. Para este objeto consagraban gustosos uno ó dos millones al año; y así es que los agentes de la contrarrevolución se engañaban creyendo engañar á los ingleses. A pesar de su buena voluntad para realizar un fraude, no lo conseguían, é Inglaterra no contaba con más resultados que los que podían producir.

Tales eran entonces los proyectos y medios de la facción realista. El ministro de policía, Cochón, conocía una parte de ellos, y no ignoraba que se hallaban en París corresponsales de la corte de Blankemburgo, pues en nuestra larga revolución, donde se han sucedido tantas tramas, no hay ejemplo de que un complot quedara ignorado. Seguía atentamente su marcha, rodeábales de espías, y esperaba de su parte una tentativa caracterizada para sorprenderles con ventaja. Muy pronto le presentaron ocasión para ello. Prosiguiendo su seductor proyecto de apoderarse de las autoridades, pensaron en sobornar primero á las militares de París. Las principales fuerzas de la capital constaban de los granaderos del cuerpo legislativo y de las tropas del campamento de Sablóns: los primeros constituían un cuerpo escogido de mil doscientos hombres, que la Constitución ponía á disposición de ambos Consejos como guardia de seguridad y de honor. Su comandante, el ayudante general Ramel, se distinguía por sus sentimientos moderados, lo cual era, á los ojos de los imbéciles agentes de Luis XVIII, suficiente razón para creerle realista. La fuerza armada reunida en Sablóns se elevaba poco más ó menos á doce mil hombres, siendo su comandante el general Hatry, hombre valeroso, á quien no se esperaba ganar. Pensóse desde luego en el coronel del 21 de dragones, el llamado Malo, que había cargado tan bruscamente contra los jacobinos cuando su ridícula tentativa en el campamento de Sablóns. Juzgósele como á Ramel; y porque había rechazado á los jacobinos se supuso que acogería á los realistas. Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle sondearon á los dos, haciéndoles proposiciones, que

fueron escuchadas y denunciadas en el acto al ministro de policía. Este último encargó á Ramel y á Malo que continuaran escuchando á los conspiradores para conocer todo su plan. Hicieronlo así en efecto, desarrollando largamente sus proyectos, sus medios y esperanzas, y citáronse para una próxima entrevista en la cual debían presentar los poderes que tenían de Luis XVIII.

Era el momento elegido para detenerlos: las entrevistas se celebraban en la morada del jefe de escuadrón Malo, en la habitación que ocupaba en la escuela militar; y allí se ocultaron varios gendarmes y testigos, de modo que pudiesen oírlo todo y presentarse á una señal dada. En efecto, el 11 lluvioso (30 enero) aquellos miserables se dirigieron á casa de Malo con los poderes de Luis XVIII y desarrollaron de nuevo sus planes. Cuando se les hubo oído bastante, fingióse dejarlos salir, pero los agentes apostados se apoderaron de ellos y los condujeron á casa del ministro de policía.

Acto continuo se practicó una visita en sus domicilios, y á su presencia se recogieron todos los papeles. Halláronse cartas que probaban suficientemente la conspiración y que revelaban en parte los detalles; viéndose, por ejemplo, que aquellos señores constituían por su propia autoridad todo un gobierno.

Por lo pronto, y hasta que volviese el rey de Blankemburgo, dejarían en su puesto á una parte de las autoridades actuales: querían conservar principalmente á Benezech en el interior y á Cochón en la policía; y si este último, como regicida, atemorizaba á los realistas, proyectaban poner en su lugar á Mr. Simeón ó á Mr. Portalis. Proponíanse también confiar la hacienda á Mr. Barbé-Marbois, quien tenía, decían, talento é instrucción y pasaba por honrado. Por supuesto que no habían consultado á Benezech, ni á Cochón, ni á MM. Portalis, Simeón y Barbé-Marbois, á quienes no conocían; pero dispusieron de ellos á su antojo, según costumbre, y de sus opiniones presumibles.

El descubrimiento de este complot produjo grande sensación, demostrando que la república debía estar siempre en guardia contra sus antiguos enemigos. Causó verdadero asombro en toda la oposición, que trabajaba por el realismo sin sospecharlo y que de ningún modo estaba en el secreto. Este asombro probó hasta qué punto se vanagloriaban aquellos miserables, anunciando en Blankemburgo que disponían de un gran número de individuos de ambos Consejos.

El Directorio quiso entregarlos en el acto á una comisión militar, pero negaron esta competencia, sosteniendo que no habían sido cogidos con las armas en la mano ni haciendo una tentativa á viva fuerza. Varios diputados, que por sus opiniones eran afectos á su causa, les apoyaron en sus Consejos; mas el Directorio no persistió menos en entregarlos á una comisión militar, por haber tratado de sobornar á militares.

Su sistema de defensa fué bien entendido: confesaron su calidad de agentes de Luis XVIII, pero sosteniendo que sólo estaban encargados de preparar la opinión, esperando de ella sólo y no de la fuerza la adopción de las ideas monárquicas. Se les condenó á muerte, conmutándose después la pena en prisión, en recompensa de las revelaciones de Duverne de Presle (19 germinal, 8 abril), quien hizo al Directorio una larga declaración, inserta después en el registro secreto,

y en la que dió á conocer todos los manejos de los realistas. Instruido el Directorio de estos detalles, guardóse de publicarlos, para no dar á conocer á los conspiradores que era sabedor de todo su plan. Duverne de Presle no le dijo nada sobre Pichegrú, cuyas intrigas, relacionándose directamente con el príncipe de Condé, se conservaron desconocidas para los agentes de París; pero declaró vagamente, por oídas, que se había tratado de tener inteligencias en uno de los principales ejércitos.

La prisión de los principales agentes hubiera podido burlar las intrigas de los realistas si hubieran tenido un plan bien concertado; pero obrando cada cual por su parte y á su manera, el arresto de Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle no impidió á Puisaye y Frotte intrigar en Lombardía y Bretaña, á Mr. de Precy en Lyon, y al príncipe de Condé en el ejército del Rhin.

Poco tiempo después se juzgó á Babœuf y sus cómplices; todos fueron absueltos, excepto Babœuf y Darte, quienes sufrieron la pena de muerte (6 pradal, 25 mayo).

El asunto importante era el de las elecciones: muchos se agitaban para influir en ellas, por oposición al Directorio ó por realismo. En el Jura se trabajaba para favorecer á Pichegrú, y en Lyon se influyó por Mr. Imbert-Colomes, uno de los agentes de Luis XVIII en el Mediodía. En Versalles se procuraba la elección de un tal Vauvilliers, gravemente comprometido en el complot descubierto. Por todas partes, en fin, preparábanse elecciones hostiles al Directorio. Los electores del Sena se habían reunido en París para convenirse sobre los nombramientos, y proponíanse dirigir á los candidatos las siguientes preguntas:

«¿Has adquirido bienes nacionales? ¿Has sido periodista? ¿Has escrito, obrado y hecho alguna cosa en la revolución?»

No se debía nombrar á ninguno de los que contestasen afirmativamente á estas preguntas. Semejantes preparativos anunciaban cuán violenta era la reacción contra todos los hombres que habían tomado parte en la revolución. Cien diarios declamaban con vehemencia, produciendo un verdadero trastorno en los ánimos; y el Directorio no tenía para reprimirlos sino la ley que castigaba con la muerte á cuantos escritores promoviesen la vuelta de la monarquía. Como los jueces no podían consentir nunca en aplicar una ley tan cruel, se pidió por tercera vez á los Consejos nuevas disposiciones legislativas, que fueron rechazadas otra vez. El Directorio propuso también que se obligara á los electores á prestar juramento de odio á la monarquía; y habiéndose entablado un acalorado debate sobre la eficacia de aquél, modificóse la proposición, cambiando el juramento en una declaración sencilla. Cada elector debía declarar que era igualmente opuesto á la anarquía y á la monarquía. El Directorio, sin permitirse ninguno de los vergonzosos medios tan á menudo empleados por los gobiernos representativos para influir en las elecciones, contentóse con elegir por comisionados en las asambleas hombres conocidos por sus sentimientos republicanos, disponiendo que el ministro Cochón escribiese circulares en las que recomendara á los electores los candidatos de su elección. Protestóse mucho contra